

# ESAS SOLEDADES QUE NOS ACOMPAÑAN

CARMEN GALLEGO ARANDA

*Profesora de Secundaria*

El tema de la soledad está presente en la literatura desde la antigüedad, pero no se trata de manera independiente hasta la ilustración. Resulta difícil de enfrentar porque es evidente que no se puede desligar de otras preocupaciones y experiencias humanas: el dolor, la muerte, el amor y las relaciones sociales. No resulta fácil abordar la soledad de un personaje, como tampoco la de cualquier ser humano. Son muchos los peligros de acometer de modo superficial y frívolo una de las más hondas e íntimas experiencias humanas. En la película *Tierras de penumbra* hay una escena en la que un alumno de C. S. Lewis le explica por qué prefiere aislarse para leer antes que acudir a sus clases: «leemos para saber que no estamos solos» le dice, dejando al profesor por primera vez sorprendido y descolocado. El sabio que había pasado toda su vida entre libros aún no había descubierto la soledad del otro. Un sentimiento tan duro y devastador que solo puede soportarse en compañía de los que lo han padecido.

Pero vale la pena hacer el esfuerzo y retener, aunque solo sea por un instante, la mirada a estas pobres criaturas, que no nos mienten con la sonrisa hipócrita del vecino o la precaución del compañero de trabajo, y a los que nosotros tampoco podemos engañar. Desde su nebulosa, caminan con nosotros, libran la batalla de su soledad, alentando e intercediendo por la nuestra. Porque uno no elige su soledad, como no elige venir a este mundo. No puede difuminarla sin difuminarse, ocultarse o desaparecer. Solo al otro le corresponde la tarea de darnos forma, de concedernos una porción de realidad y de sentido. Solo el otro puede sacarnos de la ficción y situarnos en el lugar exacto del mundo que nos pertenece. Y cuando creemos estar en él, tenemos que comenzar de nuevo el recorrido. La soledad tiene muchos recorridos.

Resulta casi imposible clasificar la soledad de estos personajes basándonos solo en problemáticas psicológicas, realidades sociales o incluso en la misma condición existencial. Todos ellos están inmersos en un

mundo casi tan complejo como el nuestro. Pero hay rasgos de una obra que pueden ser más interesantes y más visibles en un aspecto que en otro y así los vamos a presentar.

## 1. EL DESARRAIGO SOCIAL

De todas las novelas de mujeres de finales del siglo XIX no hay ninguna más ácida y cruel que *La Regenta*. Emma Bovary tiene una hija y Ana Karenina un amante que la quiere, pero Ana Ozores está condenada desde el principio. Ha tenido una infancia horrible con un padre siempre ausente, la han criado unas mujeres extrañas sin cariño alguno, se ha casado por salvar su reputación con un hombre mucho mayor que ella. No tiene vínculos afectivos en una ciudad donde todos son rumores y cotilleos. En su juventud se refugia en la literatura y en el fervor religioso, pero cuando se transforma en mujer comienza a darse cuenta de sus carencias, empieza a sentir una enorme frustración, la monotonía la invade y se siente perdida: «Aquel año la tristeza había aparecido a la hora de siempre. Sobre la mesa quedaban la taza y la copa en que había tomado café y anís don Víctor, que ya estaba en el casino jugando al ajedrez. Sobre el platillo de la taza yacía medio puro apagado cuya ceniza formaba repugnante amasijo con el café frío derramado. Todo esto miraba la Regenta como si fueran las ruinas del mundo. La insignificancia de aquellos objetos que contemplaba le partía el alma, se figuraba que era así, ceniza, frialdad, un cigarro abandonado por el hastío del fumador. Además, pensaba en el marido, incapaz de fumar un puro y de querer por entero a una mujer». A esta mujer sensible y soñadora la rígida sociedad burguesa la oprime, le suprime la imaginación y la libertad. Se da cuenta de que en su círculo social todos están solos, pero ella no se resigna. Busca refugio en la religión, su única relación personal se establece con el Magistral de Vetusta, pero pasa constantemente del misticis-

mo angélico a la más estricta exigencia moral. Pronto se dará cuenta de que el magistral no es un santo con verdadera devoción, sino un hombre consciente de su poder que maneja las voluntades a su antojo.

Su soledad se le hace insoportable, la realidad invivible, el delirio el único lugar donde puede refugiarse sin ser molestada: «Cerraba los ojos, y dejaba de sentirse por fuera y por dentro, a veces se le escapaba la conciencia de su unidad, empezaba a verse repartida en mil y solo el horror dominándola producía una reacción de energía para devolverla a su yo». Incluso se siente más pobre que las mujeres de los barrios obreros de Vetusta, cuando oye el estruendo y las voces de los niños con sus madres, se siente la mujer más desgraciada del mundo.

Así que cuando D. Álvaro Mesía se propone conquistarla no encuentra demasiada resistencia. Ana resiste al principio, pero después se rinde: «El placer que sentía era el más intenso que había sentido en su vida. ¡Y había sentido tan poco! Al sentir cerca a D. Álvaro dejaba su espíritu en una somnolencia moral que la tenía bajo los efectos del opio». Pronto se establece un triángulo amoroso en un cruce de fuerzas del que ella solo puede salir perjudicada: Ana está enamorada de D. Álvaro, el Magistral de Ana y D. Álvaro de su propia vanidad. El conflicto no tiene fácil solución en una sociedad hipócrita como la suya donde todos juzgan las normas morales de los demás pero nadie las cumple. Cuando el Magistral le niega el perdón de Dios y la sociedad que le ha hecho caer la rechaza, Ana cree despertar rasgando los velos del delirio. Parece que por fin ha asumido que está sola para siempre.

## 2. LA INCOMUNICACIÓN

En la novela de Álvaro Pombo *El metro de platino iridiado* se plantean muchas cuestiones referidas a la soledad que produce la dificultad del diálogo en las relaciones humanas. El lenguaje tan perfecto que nos distingue de las otras especies no llega ni a la superficie de lo que desborda el corazón, y es difícil aprender a manejar la llave que nos abre las infranqueables puertas del otro. «El infierno son los otros» dice Sartre. Pero es en este proceso de comunicación y en la libertad de convertir nuestra palabra en acción donde el hombre se juega su existencia e incluso su felicidad.

María es una mujer alegre, sencilla y confiada. Le basta una palabra para disfrutar de una conversación, una mirada para que su compasión se despierte. Parece como si todas las cosas que a los demás les supone tanto esfuerzo a ella le salieran de dentro con la naturalidad de un pájaro. No necesita afirmar su exis-

tencia constantemente, le basta con amar y ser amada. Así que cuando conoce a Martín apenas puede creer que sea la protagonista de su vida, delante de él se hace pequeña, se estira como un metro que tiene que ser digna de su amor. Para los demás, Martín es profesor de filosofía y aspirante a escritor, un hombre difícil y encerrado en sí mismo; para ella es la fuente de toda luz. Toda su vida le parece perfecta, inalterable. Pero el hogar que parecía el paraíso se va derrumbando poco a poco, surgen otros diálogos paralelos y otras circunstancias que exigen atención y que interrumpen el diálogo amoroso: el hermano atormentado por su homosexualidad, la madre anciana, las exigencias del hijo. La casa modélica va transformándose en un lugar de desencuentros e incomunicación: «el lenguaje parecía ser un aderezo, una cáscara ociosa que no añade nada nuevo y que, al contrario, vela y desfigura la figura limpia de la realidad enamorada». Martín confunde constantemente la realidad de los libros con la vida, Gonzalo es un ser fracasado que huye de su propio proyecto de vida en casa de su hermana. Solo a veces habla con ella, pero no para establecer una verdadera comunicación sino como soporte del desahogo: «No soy feliz, eso querías saber, tú no oyes el ruido que yo hago cuando tú te callas. Los alaridos de mi alma». María tiene que batallar con la fragilidad de la melancolía de su hermano y la prepotencia intelectual de su marido. Y pronto llega Virginia, su excéntrica y visible amiga de toda la vida, que tampoco tiene donde refugiarse y que vive permanentemente en la superficie de las cosas, pendiente de ropas, peluquerías, conversaciones banales y divertidas. María los quiere en la más absoluta inocencia, hasta que no puede evitar ver la evidencia: Martín y Virginia son amantes.

La mentira supone la ruptura de toda relación. El diálogo como revelación del yo se suprime por la vacuidad de presentar como verídico lo falso. El secreto obliga a recurrir constantemente a la falsedad, incluso a la maldad para conservarlo. Pero María no acusa, no quiere enterarse de las escabrosidades que podrían hacerle convertir el rostro de los que ama en una imagen. Su silencio es muy elocuente, casi acusador. La pareja pronto se da cuenta de lo fácil que es destruir el amor en un momento, ella los dignificaba, los hacía reales, su amor valía mucho más que la sensualidad de un instante: «María era el valor oro, el metro de platino iridiado que medía todos los otros metros, las irregularidades de todas las demás identidades». Han confundido el amor con la lujuria, deseaban al otro, pero no lo han considerado independientemente de su deseo, no lo han valorado, no han establecido una verdadera comunión. María sí reanuda la comunicación perdonándolos, convirtiéndolos en un valor ab-

soluta por encima de sus actos, porque es capaz de devolverles la dignidad como personas. Ella los hace reales, los saca a la luz. Cuando su hijo le pide que le lea un libro elige a San Francisco de Asís y le explica cómo el santo pasaba muchas horas en silencio a solas con la belleza simple de las cosas.

El problema existencial de Gonzalo se agudiza. Ver a su sobrino convertido en un adolescente despierta sus instintos reprimidos. Un día mientras está con un amigo en el bordillo de la piscina se acerca a él y movido por los celos lo empuja y se pelean. Su sobrino resbala y cae a la piscina vacía. Su muerte es instantánea. No ha sabido controlar un momento de ira, de desesperación, no ha pensado más que en sí mismo y su violencia interior ha producido la desgracia. Martín echa la culpa a María de la tragedia.

Ahora ya sí que no puede más y se marcha. Se refugia en una casa perdida en una llanura sin ningún encanto. Allí simplemente se entrega al peso insoportable de la vida, a la necesidad de enfrentarse con su destino. Todos han huido del dolor de un modo u otro: Martín en los libros, Gonzalo en la culpa, la abuela en las lágrimas de la vejez. Está sola. Nadie puede ayudarla. Y después de un tiempo sucede, el corazón que ya no aguantaba se transfigura. María decide volver. Cuando el amigo que la visita le pregunta qué va a hacer le responde: «Marcharme sería negarlos. Sería negar lo que han sido».

Y vuelve. Se da cuenta de que a pesar de todas las carencias de su relación su amor es mucho más fuerte que la soledad en la que vive.

### 3. LA SOLEDAD DEL HÉROE

Una de las cuestiones más recurrentes en la literatura hispanoamericana es la soledad del poder. La novela de García Márquez *El general en su laberinto* es especialmente interesante porque además presenta un personaje que oscila entre su consideración como dictador o como héroe. El relato comienza con la aventura de Simón Bolívar en los días finales de la derrota, agobiado ya por la enfermedad y las huellas del dolor del fracaso en el alma. Ha pasado de ser un ídolo a ser un hombre decrepito. En la soledad en la que se encuentra pretende entrar en el laberinto que justifique y humanice toda su vida, que es también parte de otra gran soledad: la del proyecto fracasado de la unidad de América. Cuando parte de Santa Fe a Santa Marta para llegar finalmente al viejo continente recuerda retrospectivamente su vida: le han acusado de ser el promotor oculto de la desobediencia militar, de estar fingiendo un viaje al exterior, su nombre figura

en pasquines llenos de injurias hacia él, sus partidarios más notorios están encerrados en sus casas. Renuncia a ser el presidente de la Gran Colombia, las tierras que liberó se han vuelto contra él: «El general Simón Bolívar se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cien mil veces más vasto que las Europas, pero a la hora de irse no llevaba siquiera el consuelo de que le creyeran». No puede creer que los demás no se den cuenta de que toda su existencia, con sus errores y sus aciertos, la ha dedicado al sueño de que el territorio americano fuera un país independiente. Le resulta tremendamente doloroso que en la ciudad que había elegido para la gloria ahora le traten como a un forastero.

Este es el pensamiento de un hombre singular que en su especificidad ha dedicado la vida a un sueño y que es impulsado por el desarrollo de la historia a cumplirlo. Pero lo que García Márquez presenta al final es un hombre común, enfermo, condenado a un destino de soledad y fracaso. Durante su viaje comienza a tener serios padecimientos físicos. Solo tiene una relación de confianza con una mujer que años antes descubrió un complot y le salvó de la muerte y a la que encuentra por sorpresa en Honda. Cuando llega a Mompox cruzando el río Magdalena la policía ni lo reconoce. Le niega la salida si no aparece su pasaporte. Finalmente, su pasaporte llega y sigue su camino, se entera de las continuas maquinaciones políticas que hay en Colombia, su amigo el general Antonio José de Sucre ha sido asesinado, se desmorona: «Su sueño comenzó a desmoronarse el mismo día que se realizó». Nunca llegará a Europa, muere en Santa Marta, como la sombra de un hombre que liberó a un continente.

Sin embargo; La enfermedad y vejez lo humanizan, empieza a descubrir su verdadero rostro tras la máscara del héroe, cada vez más se siente alejado de palabras grandes como patrias, revoluciones o guerras. Empieza a darse cuenta de que para conocer a los pueblos es necesario verlos de cerca, saber cómo viven, cómo sueñan, qué son en realidad las personas que se esconden detrás de esas palabras grandilocuentes. Muere solo con la dignidad de su valor. La realidad se impone a los sueños.

### 4. LA AUSENCIA DEL OTRO

Una de las soledades más hondas y profundas que puede experimentar el ser humano es la de la incapacidad para establecer una relación amorosa con una persona concreta y real. Hay algunos rasgos en ciertos caracteres que les impiden compartir su vida con

otra persona, que incluso pueden llegar a ser patológicos. La novela de Stefan Zweig *Carta de una desconocida* es la historia de dos soledades que no se han querido o sabido reconocer. Un escritor de fama recibe la carta de una mujer en la que le cuenta que su hijo acaba de morir. La carta es en realidad un pretexto para relatarle su vida y confesar el amor que ha sentido por él toda la vida, y que este ignora. Solo un acontecimiento tan desgraciado y terrible ha podido lograr que la protagonista comparta su secreto. Ya desde pequeña, pasa los días espiando al joven que vive enfrente de su casa, lee sus libros, vuelca toda su imaginación de niña tímida y solitaria en el sueño de amor que ha inventado y que tiene como protagonista a un hombre que la ignora completamente. Ni siquiera el traslado a otra ciudad consigue hacerle olvidar a su amado. Esta obsesión morbosa se convierte en una voluntad férrea, consigue un trabajo en Viena y vuelve a vivir a su ciudad para poder verle. A menudo está rodeado de mujeres que entran y salen de su casa. Verle con otras le produce un dolor incluso físico, el amor idealizado produce un dolor real.

Cuando finalmente tienen una relación física no existe verdadera comunicación: él no la reconoce, ella no se atreve a confesarle sus sentimientos. Así es como ella se lo explica en su carta: «Porque a ti ciertamente, solo te gustan las cosas fáciles, juguetonas, nada pesadas, tienes miedo de inmiscuirte en un destino ajeno. Lo que quieres es entregarte al mundo a todos, no quieres ninguna víctima». No es el don Juan narcisista incapaz de amar a las mujeres, las corresponde de manera natural y disfruta del momento, pero no se compromete con ellas. Huye de su soledad de un modo distinto que ella: «ni me mentiste, ni me sedujiste. Fui yo quien te busco, quien se lanzó a tus brazos, y se precipitó en su destino». Es perfectamente consciente de que ha elegido entregar su vida a un fantasma, le envía flores anónimas, le da un apartado de correos en lugar de su nombre; en medio de la gente vive en una inmensa soledad, y se ha hecho un refugio en un ideal puro, tal vez necesario para vivir, aunque irrealizable. Solo cuando tiene a su hijo se ve liberada de la angustia, como si por fin tuviera algo real y suyo que le perteneciese. Por eso tener otros amantes ya no le supone un inconveniente, no entrega su corazón a ninguno. Es coherente con su sentimiento secreto, no le exige nada, ni siquiera para su hijo. Y otra vez tiene la oportunidad de estar con él, pero nuevamente se oculta y él la trata como a una prostituta. Ella misma reconoce su cobardía: «Tan tímida, tan cobarde, tan servicial y débil delante de ti». Solo será capaz de confesar su secreto después de la tragedia y ya es demasiado tarde. El escritor no logra acordarse

de ella: «Sintió a la muerte y sintió a un amor inmortal y pensó en aquella mujer invisible, etérea y apasionada como el recuerdo de una melodía lejana».

## 5. EL DUELO

Pocas páginas de la literatura reproducen tan perfectamente el sentimiento del duelo como *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar.

El emperador Adriano viaja al Coloso de Memnón con la esperanza de escuchar el misterioso sonido que brota de la piedra, su mujer había pensado que la superstición se cumpliría mejor si él estaba presente y así podrían presenciar el prodigio. Desembarcan y van a visitar los templos, se detiene en los jeroglíficos y las colosales imágenes de los reyes que no le dicen nada. Ante esos bloques de piedra que recuerdan a los muertos piensa que no hay nada de lo que constituye de verdad la vida, ni el dolor, ni la voluptuosidad, ni el movimiento del cuerpo, ni la reflexión de una mente con la cabeza inclinada. Para él no son más que una sucesión de nombres en el tiempo, una marca dejada por los hombres en la sucesión de los siglos. Pero de repente, se acuerda, de haber vivido Antínoo hubiera tenido ese día veinte años.

La herida que parecía cerrada se ha abierto. Comienza a llorar, necesita ponerle palabras a la agonía: «Reconstruía la curvatura de la pasarela bajo los pies presurosos, el ribazo árido, el enlosado plano, el cuchillo que corta un bucle contra la sien; después el cuerpo que se inclina, la pierna replegada para que la mano pueda desatar la sandalia... Trataba de imaginar esa revolución por la que todos habremos de pasar, el corazón que renuncia, el cerebro que se nubla, los pulmones que cesan de aspirar la vida. Yo sufriré una convulsión análoga: un día moriré. Pero cada agonía es diferente; mis esfuerzos por imaginar la suya culminaban en una fabricación si valor; él había muerto solo».

Se da cuenta de que los honores dedicados al muerto nos son más que una excusa para que los vivos continúen la vida, cuando consigue experimentar algún pequeño placer se siente culpable, como si estuviera cometiendo una infidelidad a su memoria, piensa constantemente en el suicidio del joven efebo y no logra comprender por qué le ha privado de su presencia. Constantemente le surgen sentimientos contradictorios: sabe que el muerto le ha entregado su muerte y que debe convertir su vida en una bendición que hay que aprovechar, en un destino que hay que cumplir y que da sentido a su sacrificio, pero no puede evitar seguir viendo la muerte en todas partes: en la fru-

ta decrepita, en un rostro, en cualquier tragedia cercana como la del niño de un criado, que le despierta una tremenda compasión. No entiende que en el mundo todo continúe como estaba, que las gentes retiren la mirada cuando llora. Al mismo tiempo que el cuerpo se derrumba y el sentimiento se desboca, la razón no descansa, se suceden los argumentos en busca de un consuelo que no encuentra. La muerte puede ser un suceso inevitable que hay que asumir o un paso hacia la esperanza de la inmortalidad, pero ninguna de las dos opciones le convencen ni le sacan de su tristeza. Todo le sigue pareciendo un sueño.

Pronto tiene que volver a asumir su responsabilidad pública, por primera vez contempla la tumba de Antínoo en su mausoleo, ya más resignado, con una cierta tranquilidad. Por fin comprende que tiene que dejarle solo, le da pena entregarlo al olvido, pero también siente un cierto alivio al salir a flote de la oscuridad. Ya no puede evitar que no pueda volver y tampoco que haya existido.

## 6. EL AISLAMIENTO

La soledad física soportada en situaciones extremas es una experiencia que no viven todas las personas pero que algo puede enseñarnos de nuestras resistencias ignoradas. Enseguida relacionamos este tipo de soledad con la guerra y los campos de concentración o con determinadas enfermedades, no se nos ocurre pensar que hasta nuestras comodidades más habituales han tenido sus mártires. En su libro *Tierra de hombres* Antoine de Saint-Exupéry reflexiona sobre los primeros tiempos de la aviación y sobre la relación de la tecnología con la vida humana de una forma tan tierna y coloquial que emociona. Una de estas historias cuenta la aventura de un amigo aviador que sobrevivió solo una semana en los Andes.

Guillaumet se encuentra con una tormenta durante un vuelo de rutina entre Chile y Argentina, lleva el correo que le ha confiado la empresa para la que trabaja y que tiene que llegar a su hora. Tiene que realizar un aterrizaje forzoso cerca de la Laguna Diamante, a muchos kilómetros de cualquier rastro de civilización. Durante los primeros días se queda en el avión, pero cuando empieza a darse cuenta de que nadie va a venir a buscarlo decide salir dejando una nota escrita en el fuselaje: «parto hacia el este». Mientras Henri comienza a caminar empezando a sentir un frío espantoso por todo el cuerpo, en la oficina de Aerolíneas ya saben la noticia: ¡Guillaumet se ha perdido en los Andes! Todos callan pero saben muy bien lo que eso significa; hay una frase de los lugareños muy revelado-

ra, los Andes no devuelven a los hombres. Pero Antoine no se resigna, no quiere imaginarlo rendido bajo una catedral de nieve, sino caminando, siempre hacia delante. Piensa en lo que su amigo le ha dicho tantas veces en la camaradería del trabajo: «cuando te veas impotente piensa en que si otros lo han hecho tú también serás capaz de hacerlo».

Solo que esta vez no cree que nadie lo haya hecho, no tiene referente alguno. Sale a buscarlo desesperadamente y sin éxito. Ha aprendido de él a apuntar todo en el mapa, hasta lo más insignificante: una pequeña granja, un riachuelo, una casita. Pero cómo buscar a un hombre solo en esa inmensidad de paisaje, sabe que es inútil, aunque no se rinde.

Henri sigue caminando, no se para, en una hora ha recorrido solo unos metros, tiene frío y le duelen las articulaciones, pero siente algo extraño, como una llamada, si su mujer y sus amigos esperan que siga adelante tiene que caminar. Sabe que cada paso que da lo salva y que siempre es el mismo paso; su cuerpo es su servidor, su corazón el motor de su avión. Pero pronto a su cuerpo le cuesta cada vez más seguir la llamada de los suyos, y ya no es que no quiera pensar, es que no puede. Los pies ya no resisten, las ampollas han reventado y tiene que pararse para abrir un agujero en las botas. Lucha contra la tentación de abandonarse en la nieve, sabe que el frío es tan dulce como la morfina. Al cabo de unas horas, cuando logra alzar la vista hacia arriba comprueba la dura realidad, se ha equivocado al marcharse del avión, está en un callejón sin salida, al borde de una montaña escarpada. Ya no tiene fuerzas ni excusas contra la muerte. Puede descansar. Se siente aliviado.

Pero entonces le sacude una duda: ¿Va a poder cobrar Noelle el seguro de defunción si no aparece el cadáver? ¿Cómo va a vivir sin saber siquiera si está muerto? No sabe cómo, pero se levanta y se dispone a escalar la montaña para llegar a un lugar donde sea más fácil encontrarle. «El amor trasciende la persona física del ser amado» escribirá Víctor Frankl, ya no le importa sobrevivir, sino la dignidad de cada minuto de su existencia.

Y entonces, cuando va a anochecer y su cuerpo está a punto de reventar, ve una figura humana a lo lejos.

Cuenta Saint-Exupéry que lo que más le sorprendió de la convalecencia de Henri es que fuera capaz de bromear con el tema, que se riera y le contara anécdotas de su aventura. Solo una vez se puso serio y le hizo una confesión: «Lo que yo he hecho, te lo juro, no lo hubiera hecho ningún animal». Al escritor le impresionó mucho la nobleza de la sencillez de la frase. Su amigo no era ese bravucón del que hablaban los periód-



dicos que se había encarado con los Andes desafiando a la naturaleza y a la muerte. Era un hombre sencillo, que en el cumplimiento de su responsabilidad, se encontró solo ante la prueba y tuvo el valor de convertirla en su creación.

## 7. LA MUERTE

En la obra *La muerte de Iván Illich* de León Tolstoi hay unas palabras del protagonista que nos afectan directamente: «Le invadía tal sensación de sufrimiento que no podía creer que todos estuvieran condenados a sufrir ese miedo». Y es que, ante la proximidad de la muerte, todo hombre se encuentra en un abismo de soledad que ningún ser humano absorto en las ocupaciones de la vida cotidiana puede comprender.

Iván es un juez de instrucción que ha recorrido muchas ciudades como funcionario y que se ha casado y formado una familia como tantos otros. Su vida no ha sido especialmente dura ni especialmente fácil: le han negado cargos, ha discutido frecuentemente con su mujer, ha tenido problemas económicos. Le gusta su casa y gastarse dinero en ella, como todas las personas de su clase ocupa mucho tiempo en salvaguardar las apariencias. Pero lleva tiempo soportando dolores abdominales y decide ir al médico. Lo que más le sorprende es ser considerado como un trámite que resolver, que le digan que no se preocupe de su asunto. En el fondo comprende bastante bien, el problema no es el intestino, es la muerte.

Se sienta en la cama nervioso, no puede dormir. Su estado oscila entre la calma y la desesperación. En el fondo de su alma lo sabe porque bien claro lo dice la lógica: «Cayo es hombre, los hombres son mortales, luego Cayo es mortal. Pero... ¿Acaso Cayo había besado la mano de su madre y había montado un motín en la escuela de jurisprudencia?». Empieza a vivir en una mentira doble; por un lado, cree que le están engañando, por otro que es él quien se engaña a sí mismo. Intenta refugiarse en su trabajo, pero los dolores le impiden realizar sus ocupaciones con normalidad. Sus compañeros lo ven como una sustitución inminente. En su casa parece que molestará su situación, su mujer siempre quejándose de que no duerme y su hija a punto de casarse con la alegría frustrada.

De repente, se queda solo pensando en su impotencia, en su soledad, en la crueldad de la vida. Se refugia en sus recuerdos, en los pocos momentos de su vida que han sido buenos para él: cuando se enamoró de su mujer, cuando disfrutó de bellos momentos con sus hijos: «Lo que más desea por mucho que le avergüence confesarlo es que lo traten con cariño, co-

mo si fuera un niño, que lo besen y que lloren con él». Cuando se siente solo le entra una angustia horrible y si llama a alguien y viene se siente peor todavía. En el centro de la ciudad llena de gente siente una soledad más intensa que si estuviera en el fondo del mar o en un lugar aislado de la tierra.

Poco a poco va asumiendo su realidad, empieza a preocuparle el hecho innegable de que su vida va a ser irrepitable, que no recuerda nada que haya hecho que haya valido la pena. Su vida la ha organizado como si fuera una propiedad; su trabajo, su familia. Empieza a sentir lástima por ellos. Ha pasado de sufrir por sí mismo a sufrir por los que ama; durante la agonía ve como le enjuagan la nariz, le limpian las mejillas. Busca el miedo a la muerte y no lo encuentra. «La muerte ya no existe» dice antes de expirar. Se acabó.

## 8. LA SOLEDAD EXISTENCIAL

Son curiosamente las obras de la soledad las que mejor expresan el espíritu de una época, las que sintonizan con los interrogantes sinceros de los hombres y nos abren las ventanas de la naturaleza; aquellas que nos ofrecen los seres que han luchado de verdad consigo mismos y con la sociedad en la que vivían. Esa soledad implica mostrar el horror, la burla, la nostalgia. Incluso la incredulidad. «La soledad es una categoría del ser no solo una propiedad de la psicología». Estas palabras de Lévinas pueden explicar por qué un ser humano puede destrozar su cuerpo y su mente para cruzar un puente que lleve más allá de las apariencias de la realidad y que, al volver de ella, se encuentre todavía más solo. Esa es la lucha de Kafka en *La metamorfosis*, ese despertar de Gregor en otro cuerpo, en la normalidad de su lecho cotidiano, es ese viaje a los suburbios del yo, la reclusión en la madriguera más cercana frente a la inmensidad del universo.

Nada puede saberse antes de la vida de Gregor Samsa antes de su transformación. Solo que después de una pesadilla se despertó por la mañana y se había convertido en un insecto. Es como si su situación no le sorprendiera del todo. Con frialdad de viajante de comercio comprueba que tiene un vientre convexo dividido por callosidades y un sinnúmero de patas que se mueven sin control sobre su cuerpo. Y vuelve a dormirse. Por primera vez en mucho tiempo, no sueña el despertador. Va a llegar tarde al trabajo. Lo que parece que le asusta en un principio pasa a ser muy divertido y placentero para él. Quedarse en esta cama caliente, ver como sus patitas sobresalen de la colcha, acostumbrarse a su nuevo cuerpo en su vieja habitación. Ciertamente es que con sus nuevas dimensiones no

puede asomarse a la ventana y ver la calle, pero se va acostumbrando a la idea. Sus problemas más acuciantes son ahora los más sencillos: darse la vuelta en la cama para encontrar la postura más confortable, pensar en cómo levantarse para abrir la puerta, modular su extraño tono de voz porque prácticamente no ve nada. Su primera pelea como animal es con la llave. Mientras la familia se asombra de que a estas horas aún no se haya levantado, él intenta por todos los medios que su presencia no les afecte demasiado, que nada se altere en esta mañana común. Que pueda ser un escarabajo sin que nadie se dé cuenta. Desde fuera le llaman, gritan, se asustan. A Gregor le molesta que le incomoden, pero dentro de sí casi siente como una liberación. Puede que se acostumbre a vivir como un insecto, incluso puede que llegue a ser un insecto modélico, un bicho repugnante por donde normalmente pueda circular la angustia dentro de un caparazón. Si pudiera quedarse en su cuarto tendría una ventaja, una posibilidad que antes no tenía. En la esquina del rincón de su cuarto puede refugiarse y dar rienda suelta a sus más ardientes aspiraciones. Los animales grandes y hermosos no pueden acceder a esa posibilidad: son demasiado parecidos al hombre, demasiado sublimes.

No obstante, su drama le da terror porque sucede en la más espantosa cotidianidad: hay que recibir al jefe, soportar el asco y la repugnancia que provoca en su propia familia. De todos ellos solo su hermana parece mostrar preocupación por él. Pero Gregor no puede hablarle ni agradecerle sus atenciones y ve como ella también trata de disimular lo doloroso de la situación. Comienza a verse como un extraño, ajeno a los otros, enclaustrado en un espacio desde el que no crece ni puede aspirar a la plenitud de la vida. Como nadie le entiende no se les ocurre pensar que pueda entender a los demás. Que necesite espíarlos ajeno a su mirada aterrorizada y compasiva. Él sabe que hay una presencia que le observa también, como la mirada de un dios que conoce su miseria y su podredumbre. El insecto es consciente de que sus posibilidades son limitadas, pero para el hombre todo es infinito e inasible. La relación con los otros se le hace tan difícil como la que mantiene con su cuerpo. Es como si nada le perteneciese. Ya no es un viajante, una máquina de

ganar dinero. Pero tampoco es un insecto que vive de acuerdo con su naturaleza. Al transformarse en bicho está en una zona indefinible, inexplicable.

Un día descubre por accidente que le gusta colgarse del techo y saltar. Su hermana pretende transformar el entorno para que él pueda disfrutar de su nuevo entretenimiento. Se pregunta entonces si desea ver realmente su confortable mobiliario familiar en una fría y desierta habitación, aunque esto le permita trepar libremente. En su cuarto sobrevive la monotonía, el recuerdo constante de su pesada condición humana.

Socialmente su desgracia es la peor que puede existir. La familia tiene que trabajar para sobrevivir, el padre trae el desayuno para los empleados del banco, la madre confecciona ropas y la hermana tiene que estar detrás de un mostrador. Están rozando una situación de pobreza. Sufre de un modo insostenible. La manzana que se le incrusta y que tanto le hace sufrir no le duele tanto como esto. Arrastra pelusas y está lleno de restos de polvo y comida, pero cuando se esconde para oír a su hermana tocar el violín se pregunta si es posible que un animal pueda sentir una impresión tan fuerte: «le parecía que delante de él se abría un camino que conducía a un alimento ardentemente anhelado».

Muy pronto la familia ya no puede soportarlo. Quiere librarse de él. Su madre dice: «hemos hecho todo lo humanamente posible». Gregor no juzga, no se angustia, incluso los compadece. Toma la decisión de inmortalarse, de desaparecer. Es una decisión que le llena de la paz que no había sentido antes. Al día siguiente es echado a la basura como un insecto más y todo continúa como al principio.

El valor supremo para él ya no es volver a la condición humana sino la perpetuidad de la vida y la naturaleza. La muerte de un insecto no significa nada si todo lo demás continúa como siempre.

Y aquí terminamos el recorrido que hemos realizado con nuestros personajes, y que podríamos haber hecho interminable. Los dejamos para enfrentarnos con nuestra propia soledad, que tiene mucho de la suya, y para mirar de frente el rostro del otro. Y ojalá que así acompañados podamos construir nuestro relato. 